

LÓPEZ Portillo, recibiendo a Carter, habló de "engaños y abusos" que un vecino fuerte puede utilizar en sus relaciones con un vecino más débil; Carter respondió que "el pueblo de los Estados Unidos es justo y decente en sus relaciones con los demás y en sus tratos con los pueblos de otras naciones". La verdad es que Méjico tiene viejos agravios y modernas reivindicaciones con respecto a Estados Unidos: desde la amputación de su propio territorio y las guerras mortíferas al ejercicio continuo de la contrarrevolución, pasando por una determinada rapiña de sus bienes y sus riquezas. A pesar de las nacionalizaciones de la época de Lázaro Cárdenas. Fue aquel Presidente, tan querido por los españoles —dio cobijo, trabajo y dignidad al inmenso exilio español de la guerra civil, que, ciertamente, le pagó creando trabajo, cultura, ciencia—, quien dijo una frase que siempre se recuerda: "Pobre Méjico, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos". Marcel Niedergang —enviado de "Le Monde"— recuerda que Méjico quizá esté un poco más cerca de Dios después de la visita del Papa —lo cual es bastante dudoso—, pero que está igual de cerca de los Estados Unidos.

La visita de Carter trata de que esté todavía más cerca; la hostilidad inicial del Presidente López Portillo, las manifestaciones callejeras, la frialdad del Parlamento —ante el que Carter pronunció un discurso en castellano— intentan que esté un poco más lejos. Por lo menos, en dos temas: la venta de energía y la cuestión de los trabajadores mejicanos en Estados Unidos. Lo que los Estados Unidos pretenden es que la inmensa riqueza del petróleo que aflora en Méjico, y que se considera que para dentro de unos años puede ser semejante a la de todo Oriente Medio, sea suministrada directamente a Estados Unidos. Como el gas natural.

La oposición mejicana trata de llevar adelante una política de petróleo que no está dominada por Estados Unidos. En primer lugar, no quiere que sus reservas se exploten brutal y rápidamente; en segundo lugar, quiere que se vendan en el mercado mundial, y siguiendo una política global de precios, y no sólo a Estados Unidos, que impondrían los suyos, como hacen ya con el gas natural. No quiere Méjico que su petróleo sirva para lo que sirve el de Arabia Saudita o para lo que ha servido el del Irán: para fortalecer una oligarquía que no comparte la riqueza con el pueblo, y para ayudar a un imperio



López Portillo y Carter, ante un mural de Diego Rivera.

Méjico se defiende de Estados Unidos

que no es el suyo. Es decir, quiere que esta riqueza funcione en razón de la economía propia de Méjico, y no en la de una metrópolis más o menos disfrazada.

Sobre la vieja hostilidad histórica y el miedo a la absorción económica, está el problema humano de los trabajadores que van a Estados Unidos. Se sabe que hay veinte millones de ciudadanos de habla hispana en Estados Unidos, y que, abstracción hecha de los negros, y a veces sin hacer esa abstracción, son una minoría absolutamente discriminada. Esta población tiene distintos tratamientos, desde los que habitan en los "ghettos" de las grandes ciudades hasta los braceros en los Estados fronterizos;

desde los que han podido obtener la nacionalidad de Estados Unidos, lo cual no les ha librado totalmente de su discriminación, hasta los que siguen afluyendo ilegalmente, atravesando el río Grande, y son objeto de toda clase de explotaciones, desde la de los tratantes de mano de obra y la Policía corrompida hasta el mal trato de sus patronos. Los mejicanos no son más que una parte de esta minoría; en los territorios fronterizos son la mayor parte. Aparte de esta colonización "a domicilio", existe la colonización en el propio Méjico, por medio de las multinacionales, cuyo estatuto ha venido a quebrantar el intento de nacionalización de Cárdenas.

Como se sabe, el PRI que gobierna en Méjico es una forma de dictadura disfrazada de democracia: hay Parlamento, partidos políticos, oposición, prensa, pero los resortes del poder son tan absolutos que el partido que se llama a sí mismo revolucionario, y es en realidad conservador, es inamovible y dispone de todo. A este partido le culpa la oposición de la entrega a Estados Unidos, que, primero, combatieron la original revolución mejicana, y luego la digirieron y la orientaron en su propio beneficio. Todo el movimiento contrario a la visita de Carter y a las nuevas negociaciones se ha hecho con un doble sentido: combatir a Estados Unidos y combatir al PRI en el poder. Este poder ha advertido claramente la fuerza de la oposición en estos temas y la racha negativa que atraviesan los Estados Unidos con los países que forman parte de su imperio, de una forma o de otra. López Portillo, por lo tanto, ha tenido que admitir la presión popular, y hacerse eco de ella en la hostilidad a Carter. Lo cual no quiere decir que realmente pueda resistir a Estados Unidos.

Lo que se ha conseguido, por el momento, es que no haya más que acuerdos poco significativos —en el comunicado, en las declaraciones— y que los grandes temas queden aplazados, no sin la promesa de Carter de que va a dar un precio justo, a revisar la situación de los trabajadores mejicanos en Estados Unidos y a inaugurar unas relaciones de equidad para el futuro. Pero se han creado unas comisiones permanentes que van a continuar estudiando los temas. Las conversaciones sobre los temas energéticos, ha dicho López Portillo, van a continuar para establecer "principios sobre los que se podrá pactar posteriormente".

Cabe decir que en los últimos años no ha habido nunca un momento tan decisivo para los dos temas: la supervivencia del PRI en el poder y la independencia de los Estados Unidos. Los dirigentes de la oposición creen que es precisamente el momento oportuno, y que de no aprovecharse ahora podrá diseñarse en el futuro como un tema revolucionario semejante al de Vietnam.

Lo que parece probable es que el PRI intente una vez más modificar su política aparente. Como en la práctica es un partido único, tiene la plasticidad suficiente para ir mostrando los rostros que convenga. Y que, sobre esta modificación, consiga de los Estados Unidos algunas concesiones aparentes que den sensación de una mayor justicia.

Lo que no se sabe es lo que po-

EQUILIBRIOS SOBRE EL ABISMO

JOAQUIN RABAGO

SE firma finalmente. No se firma. Políticos y militares deshojan la interminable margarita del SALT II. Halcones y partidarios de la negociación arriman el ascua a sus respectivas sardinas. Y la prensa libra una batalla de editoriales en apoyo de una u otra tesis.

El semanario británico "The Economist" es de los alarmistas. La URSS, pronostica, aventará muy pronto a los Estados Unidos en capacidad destructora. Ya en este momento los norteamericanos no disponen de ningún tipo de arma que pueda equipararse a los 308 misiles S-18 —de diez cabezas nucleares cada uno— con que cuentan los soviéticos. El SALT II tampoco menciona, según "The Economist", los misiles SS-20 de triple cabeza nuclear, que vienen a sumarse a los 400 cohetes tipo SS-4 y SS-5 instalados ya en la parte occidental de la URSS y que apuntan todos ellos a blancos europeos.

Un diario de la capital norteamericana, "The Washington Post", se ha encargado de replicar a "The Economist". La cifra de 308 misiles SS-18 es exagerada. En el mejor de los casos, el número total no pasa de los 100. Es igualmente falso lo de las diez cabezas atómicas por unidad, pues aunque existen varios modelos, la mayoría van equipados con una sola cabeza. Por otro lado, si los Estados Unidos no disponen de cohetes comparables al SS-9 o a su sucesor, el SS-18, es porque hace tiempo que optaron por una estrategia distinta. Exactamente desde que, en 1964, decidieron no construir misiles que sustituyeran a los "Júpiter" estacionados hasta entonces en Italia y Turquía. Los Estados Unidos dieron entonces preferencia a las armas estratégicas: los submarinos nucleares y los cohetes intercontinentales.

Además, argumenta el periódico de Washington, conforme los misiles aumentan en precisión, pierde importancia el ta-

maño de las cabezas atómicas. Y, sobre todo, "The Economist" pasa por alto los nuevos tipos de armas desarrollados en los últimos tiempos por Estados Unidos, como el Mirving, dotado de múltiples cabezas atómicas, y no tiene tampoco en cuenta la superioridad norteamericana en los sistemas de guía y control. Como ignora también todo lo relativo a los submarinos atómicos, Polaris y Poseidón, donde los Estados Unidos llevan clara ventaja. Así, según otra publicación norteamericana, "Us News and World Report", aparte de los diez submarinos nucleares Polaris, que operan desde las bases de Charleston, en USA, Holy Loch, Escocia, y Rota, España, Washington dispone de otros treinta y un submarinos tipo Poseidón, cada uno de los cuales lleva a bordo dieciséis misiles que pueden ir equipados a su vez con catorce cabezas nucleares de 40.000 toneladas de TNT por unidad. Bastarían dos submarinos de este tipo, uno de ellos situado en el Mediterráneo o cerca de Chipre, y el otro, en el Pacífico, en las proximidades de las Kuriles, para destruir simultáneamente las 200 ciudades más populosas de la Unión Soviética. Es lo que se llama poder de disuasión.

Pero los halcones no lo ven

así. El general Alexander Haig, que no acaba de dimitir de su cargo en la OTAN, sigue empeñado en sus manifestaciones alarmistas. Y en el país más directamente afectado por cuanto ocurre en la Alianza Atlántica, la RFA, ha estallado estos días una polémica en el seno de la propia coalición en el poder.

El presidente del grupo parlamentario socialdemócrata, Herbert Wehner, acusaba recientemente al ministro de Asuntos Exteriores, vicecanciller y presidente del Partido Liberal, Genscher, de obstaculizar las conversaciones de Viena sobre reducción equilibrada de tropas en Centroeuropa. Wehner considera insuficientes las propuestas occidentales en dichas negociaciones y culpa de ello fundamentalmente a la parte alemana.

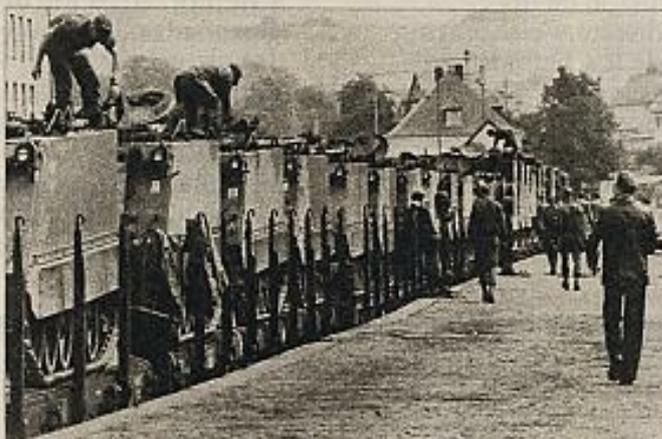
Para Wehner, que ha sido junto a Brandt y Bahr, el artífice de la Ostpolitik de Bonn, las fuerzas soviéticas del Pacto de Varsovia tienen sobre todo un carácter defensivo: su principal función es frustrar cualquier ataque de fuera o cualquier futuro levantamiento como los de Budapest o Praga.

El sector más a la derecha del SPD y, naturalmente, la oposición cristianodemócrata rechazan estas tesis y el hecho de que, como ocurre actualmente,

Europa tenga que depender para su defensa del arsenal estratégico norteamericano.

A los críticos del SALT II les preocupa la limitación paralela impuesta por ese acuerdo al total de armas estratégicas (se ha fijado el umbral de 2.250 para 1985), terreno en el que actualmente los Estados Unidos van muy por delante de la URSS (9.000 frente a 4.500), puesto que no establece una reducción equivalente para las armas nucleares tácticas de tipo medio, donde la URSS lleva, según aquéllos, ventaja. De ahí que exijan el desarrollo, por parte de los países miembros de la OTAN, de nuevas armas tácticas capaces de hacer frente a los misiles soviéticos SS-4, SS-5, y sobre todo a los modernísimos SS-20, que tienen un alcance de más de 4.000 kilómetros, están dotados de triple cabeza atómica y pueden dispararse desde rampas de lanzamiento móviles, lo que los hace difícilmente vulnerables. Los Pershing I, que tienen un alcance máximo de 1.800 kilómetros, y los Cruise Missile —3.000 kilómetros— formarían parte de ese nuevo arsenal de la OTAN.

Para Wehner, sin embargo, modernizar el arsenal nuclear táctico de la OTAN en Europa, en lugar de intentar negociar con los soviéticos una autolimitación, es volver a la guerra fría: una nueva guerra fría acaso más peligrosa que la anterior. El dirigente del SPD quiere sobre todo ganar tiempo. En la RFA las elecciones presidenciales están a la vuelta de la esquina y es muy probable que el conservador y, según parece, viejo nazi Carstens se convierta en el nuevo ocupante de la "Villa Hammerschmidt". Con un presidente cristianodemócrata la oposición podría crearse, y las negociaciones se volverían más difíciles. La Ostpolitik está todavía amenazada y de ella depende en buena medida el actual equilibrio mundial. Un equilibrio sobre el abismo. ■



Carros blindados de la OTAN, en Alemania Occidental.

drá durar esta prórroga. Hay una situación general en marcha, y es la de la creciente escasez y carestía del petróleo mundial, unida a la continua progre-

sión en los descubrimientos y explotaciones de los yacimientos mejicanos. Todo ello ha comenzado a producir esta discordancia: un intento creciente de pre-

sión de Estados Unidos para el control de esta energía —y de la del uranio, en la que también es rico Méjico— y un intento de aprovecharla para la mayor in-

dependencia mejicana. Se podría conseguir una síntesis de los dos intereses, pero no parece que estemos en tiempos de síntesis. ■ E. M. T.